

La Isla del Tesoro

de Robert Louis Stevenson

Adaptación para jóvenes lectores realizada por

Archer White-Hillfort & Mara Seronda



La isla del tesoro

de Robert Louis Stevenson

Versión adaptada e ilustrada para jóvenes lectores

por Archer White-Hillfort

Ilustraciones por Mara Seronda

Ollada de Tinta © 2026

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido, distribuido, almacenado ni transmitido en forma alguna ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la editorial, salvo en los casos permitidos por la legislación vigente. Se autoriza su uso en el ámbito familiar y educativo siempre que no tenga fines comerciales.

Aviso legal:

Esta es una adaptación libre no oficial basada en *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson, obra de dominio público.

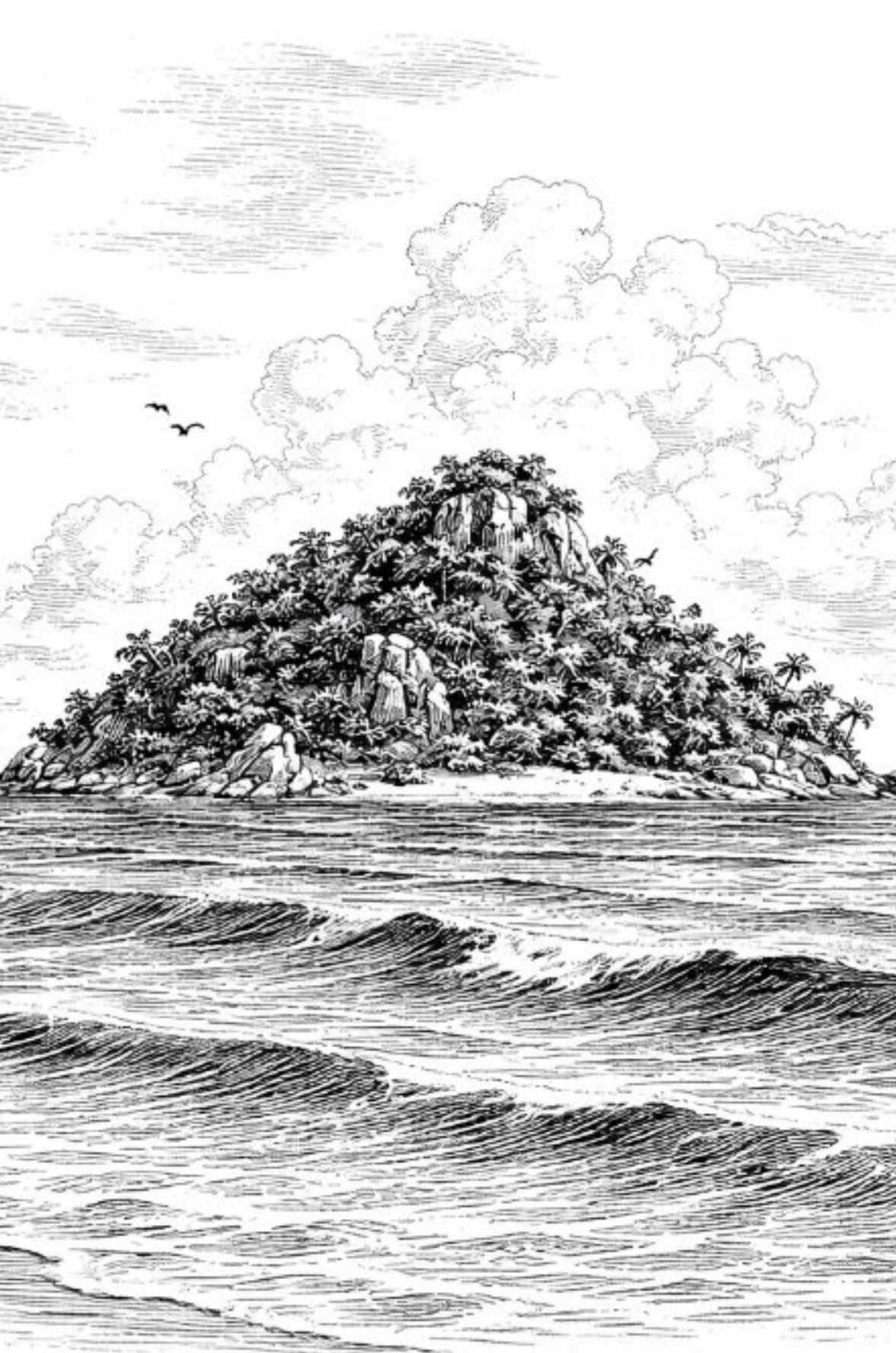
Esta edición ha sido creada por Ollada de Tinta y no está asociada ni respaldada por ninguna editorial vinculada a traducciones o adaptaciones previas de la obra.

ISBN: 9798253970560

Primera edición: Marzo de 2026

Editado y maquetado en España

Prólogo	7
Capítulo 1. El viejo marinero en la posada	11
Capítulo 2. La mancha negra	17
Capítulo 3. El cofre del Capitán	27
Capítulo 4. El mapa de Flint	35
Capítulo 5. Rumbo a Bristol	43
Capítulo 6. El viaje comienza	53
Capítulo 7. El barril de manzanas	61
Capítulo 8. Tierra a la vista	71
Capítulo 9. Abandonando el barco	83
Capítulo 10. El asedio	95
Capítulo 11. A la deriva	107
Capítulo 12. Israel Hands	117
Capítulo 13. En el campamento enemigo	125
Capítulo 14. El esqueleto señala el camino	135
Capítulo 15. El precio del tesoro	147
Epílogo	155
Nota del adaptador	159
Glosario	163



Prólogo

Han pasado muchos años desde aquello. Pero el mar no ha cambiado.

A veces, cuando el viento sopla desde la costa, me quedo un momento quieto y escucho. No sé exactamente qué busco en ese sonido. Tal vez solo comprobar que sigue ahí.

En noches como estas me vienen imágenes que no he pedido. Una playa de arena blanca bordeada de bosque oscuro. El crujido de madera de un barco que navega de noche. Una hoguera en medio de la selva y las caras de los hombres que la rodeaban. No todas eran caras de amigos. Tampoco todas eran caras de enemigos. Eso fue lo primero que aprendí.

Tenía catorce años cuando empezó todo. No era un niño, aunque tampoco era lo que soy ahora. Era alguien que limpiaba mesas, vigilaba un camino y soñaba sin saber muy bien con qué.

Lo que ocurrió aquel año me cambió de una forma que tardé mucho tiempo en entender. No por el tesoro, aunque el tesoro estuvo allí. No por el mar, aunque el mar también. Sino por las personas. Por lo que aprendí de ellas, y por lo que aprendí de mí mismo cuando no había otra opción que seguir adelante.

Hay personas que te enseñan lo que quieres ser. Otras te enseñan lo que quieres no ser. Y algunas, las más difíciles de olvidar, te enseñan las dos cosas con claridad.

He dudado mucho antes de escribir esto. Hay cosas que uno prefiere guardar. Nombres que es mejor no pronunciar demasiado alto. Recuerdos que, si los miras fijamente, todavía tienen filo. Durante años pensé que bastaba con recordarlo en silencio, que ponerlo en palabras no añadiría nada. Pero el silencio tiene una forma de distorsionar las cosas. De hacer más grandes algunas y más pequeñas otras. Y me pareció que esta historia merecía contarse como fue, sin distorsiones.

No porque sea una historia de aventuras, aunque lo es. Sino porque es una historia sobre crecer. Sobre confiar en las personas equivocadas y en las correctas. Sobre descubrir que el mundo es más complicado de lo que parece desde la ventana de una posada.

Me llamo Jim Hawkins.

Y esto es lo que ocurrió.



Capítulo 1. El viejo marinero en la posada

Nuestra posada se llamaba El Almirante Benbow. Estaba junto al camino de la costa, en un lugar solitario donde el viento traía el sonido del mar y las olas rompían contra las rocas.

Yo vivía allí con mi madre y la ayudaba con el trabajo, sirviendo más bebida que comida y limpiando de vez en cuando.

No solía pasar mucha gente por el camino. A veces algún pescador temprano, o un viajero de paso. Pero la mayor parte del tiempo no se veía a nadie. Y cuando pasaba alguien, se notaba.

Hasta que un día apareció.

Lo vi bajar por el sendero de los acantilados. Caminaba despacio y llevaba al hombro un gran cofre de marinero. Era ancho, pesado, con las esquinas gastadas.

Cuando se acercó, me fijé en su cara. Tenía la piel curtida por el sol y una larga cicatriz que le cruzaba la mejilla. Su ropa estaba sucia y desgastada.

No era el tipo de hombre con el que uno quisiera cruzarse a solas. Yo, desde luego, no lo querría.

Se detuvo frente a la posada.

Dejó caer el cofre con un golpe seco.

Primero miró el mar.

Después el camino.

Por último, la posada.

—¿Esta es la posada del Almirante Benbow? —preguntó.

—Sí, señor.

Entró sin esperar respuesta y señaló una mesa junto a la ventana.

—Ron.

Fui a buscarlo. Cuando volví, seguía mirando hacia el camino, como si esperara a alguien.

Dejó unas monedas sobre la mesa.

—Coge lo que haga falta.

Bebió un largo trago y dejó la jarra.

—Este sitio me gusta.

Golpeó la mesa con los nudillos.

—No pasa mucha gente por ese camino, ¿verdad?

—No mucha.

Asintió despacio.

—Mejor.

Se quedó mirando hacia fuera un momento más. Luego volvió la cabeza y me señaló.

—Eh, muchacho.

Me acerqué.

—Escucha bien.

Se inclinó hacia mí. Su aliento olía a ron.

—Si ves a un marinero acercarse por ese camino... vienes a avisarme.

—Sí, señor.

Entrecerró los ojos.

—No a cualquiera. A uno en particular.

Se quedó mirándome.

—Un hombre con una sola pierna.

Sentí un escalofrío. No sabía por qué, pero no me gustó la forma en la que lo dijo.

—¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

De repente me agarró del brazo con fuerza.

—Repítelo.

—Un marinero... con una sola pierna.

Me sostuvo un instante y luego me soltó.

—Eso es.

Empujó el cofre con el pie.

—Sube eso a mi habitación.

Me costó arrastrarlo por las escaleras. Pesaba más de lo que parecía.

El marinero subió detrás de mí y lo dejó junto a la cama.

Antes de salir volvió a detenerme.

—Muchacho.

—¿Sí?

—Si ese hombre aparece... vienes directo a buscarme. Sin hablar con nadie.

—Sí, señor.

Me miró fijamente.

—Más te vale.

Desde aquel día se quedó en la posada.

Los clientes empezaron a llamarle el Capitán. Nadie sabía su nombre y él nunca lo dijo. El apodo se extendió rápido. Incluso mi madre lo usaba. Yo también.

Pasaba horas sentado junto a la ventana con una jarra de ron delante. Desde allí vigilaba el camino con su viejo catalejo.

Cada vez que alguien aparecía, levantaba la cabeza.

—Muchacho.

—¿Sí?

—¿Quién es ese?

—Un pescador.

—¿Y ese otro?

—Un granjero.

Gruñía y volvía a beber.

A veces salía a la puerta y miraba el camino durante largo rato. O daba unos pasos hacia la carretera y regresaba sin decir nada.

Si oía pasos, giraba la cabeza de golpe.

Por las noches bebía y cantaba canciones de marineros con una voz áspera que llenaba toda la sala. Algunos clientes se marchaban temprano. Nadie quería problemas.

Si alguien hablaba demasiado alto, golpeaba la mesa.

—¡Silencio!

Y todos obedecían.

Una tarde me hizo sentar frente a él. Sacó varias monedas y las dejó sobre la mesa.

—Una cada mes —dijo—. Por vigilar el camino.

Empujó una hacia mí.

—Y por recordar lo que te dije.

La guardé. Era más de lo que ganaba en una semana.

El Capitán volvió a mirar por la ventana. Como si esperara ver aparecer a alguien en cualquier momento.

Pero el camino estaba vacío.

Se quedó allí un momento, con los ojos fijos en la costa.

Esperando.

Desde aquel día, cada vez que alguien aparecía en el camino, lo primero que miraba no era su cara.

Ni su ropa.

Ni lo que llevaba al hombro.

Miraba si tenía dos piernas.



Capítulo 2. La mancha negra

Durante varias semanas, la vida en la posada pareció seguir igual. Pero ya no se sentía igual. El Capitán había cambiado algo en el ambiente.

Aunque el camino seguía casi siempre vacío y el viento traía el sonido del mar como de costumbre, ahora había una sensación constante de espera, como si algo pudiera ocurrir en cualquier momento.

El Capitán pasaba las mañanas caminando por los acantilados con su catalejo. A veces se detenía largo rato, mirando el horizonte con atención, como si esperara ver aparecer algún barco. Otras recorría el camino de la costa, observando a cualquiera que se acercara desde lejos. Siempre vigilando.

Cuando regresaba, se sentaba junto al fuego y pedía ron. Si había clientes, los obligaba a escuchar sus historias de tormentas y motines. Algunas noches terminaba cantando con aquella voz áspera que hacía vibrar los vasos sobre la mesa.

—¡Todos conmigo! —gruñía—. ¡Más fuerte!

Nadie se negaba.

Yo seguía vigilando el camino por encargo suyo. El Capitán me pagaba cuatro peniques al mes para que le avisara si veía a un

marinero con una sola pierna. Nunca apareció ninguno, pero empecé a buscarlo en todas partes.

A veces, cuando el camino estaba cubierto de niebla, me parecía ver figuras que avanzaban lentamente hacia la posada. Sombras que se detenían y luego desaparecían. Entonces parpadeaba... y no había nadie.

Una mañana fría de invierno ocurrió algo distinto. Yo estaba solo en la sala cuando la puerta se abrió sin hacer ruido.

Entró un hombre que no había visto antes. No era tan alto como el Capitán, pero su aspecto no inspiraba confianza. Tenía una cicatriz en la mejilla y le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Sus ojos se movían con rapidez, como si contara cada objeto de la sala.

—¿Hay ron? —preguntó.

—Sí, señor.

Fui a buscar la botella, pero antes de que me alejara me hizo una señal.

—Ven aquí, chico.

Me acerqué.

—Ese hombre que se sienta siempre en esa mesa —dijo, señalando el rincón—. ¿Sigue aquí?

—Sí.

—¿Está ahora en la posada?

—No. Ha salido a los acantilados.

El hombre sonrió. No era una sonrisa agradable.

—Bien —dijo—. Entonces esperaré.

Se sentó en la mesa del Capitán.

—Tráeme el ron. Solo quiero saludar a un viejo amigo.

Le llevé la botella. Bebió despacio, sin dejar de mirar la puerta. Esperaba.

Al poco rato oí pasos en el exterior. La puerta se abrió y el Capitán entró. Al ver al desconocido, se detuvo en seco.

El otro levantó la cabeza.

—Hola, Bill.

El Capitán se quedó rígido.

—Perro Negro —dijo.

—El mismo.

Durante unos segundos, ninguno se movió.

—Siéntate, Bill —continuó—. Tenemos que hablar.

El Capitán dejó el catalejo y se sentó frente a él.

—¿Quién más sabe que estoy aquí?

—Nadie... de momento.

Hablaron en voz baja. No pude oír sus palabras, pero vi cómo el rostro del Capitán se tensaba cada vez más.

De pronto golpeó la mesa.

—¡No!

Perro Negro se levantó de golpe.

—¡Pues tendrás que hacerlo!

Las sillas se apartaron y los dos sacaron cuchillos. Retrocedí hasta el mostrador sin apartar la vista de ellos.

El Capitán atacó primero. Perro Negro esquivó el golpe y respondió. Las hojas chocaron con un sonido seco. Se movían rápido, empujándose entre mesas y sillas.

—¡Bill, escúchame!

Pero el Capitán no escuchaba.

Avanzó, obligándolo a retroceder hasta la puerta. Perro Negro intentó huir. El Capitán lanzó una última estocada. La hoja le alcanzó el hombro.

Perro Negro gritó y salió corriendo.

El Capitán dio dos pasos tras él... y se detuvo. Miró la sangre en la puerta. Luego volvió a la mesa.

—Ron —dijo.

Fui a buscar la botella. Cuando regresé, estaba pálido y se apoyaba en la mesa con dificultad. Intentó hablar, pero se llevó una mano al pecho.

Y cayó.

Hicimos llamar al doctor Livesey que acudió enseguida.

—No está muerto —dijo tras examinarlo—. Pero ha tenido un ataque. Si sigue bebiendo así, no vivirá mucho.

Durante los días siguientes, el Capitán parecía más inquieto que nunca. Ya no solo vigilaba: temía. Cada sonido lo hacía girarse. Cada paso en el camino lo ponía en tensión. Bebía más de lo que debía, como si el tiempo se le estuviera acabando.

Una tarde, cuando el sol empezaba a caer, estaba solo en la sala.

Entonces lo oí.

Tac... tac... tac...

Un bastón golpeando el suelo.

La puerta se abrió y entró un hombre viejo y ciego. Una venda cubría sus ojos y llevaba un abrigo largo y sucio.

Caminaba despacio, midiendo cada paso con el bastón.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

—Sí.

—Muchacho, acércate.

Me acerqué.

En cuanto sus dedos tocaron mi muñeca, me apretó con una fuerza que no esperaba.

—Llévame hasta el Capitán —susurró—. Y no intentes engañarme.

No tuve elección.

Cuando llegamos, el Capitán levantó la vista. Y su cara cambió por completo.

—¡No!

El ciego sonrió.

—Hola, Bill.

—¿Qué quieres, Pew?

—Solo cumplir con mi encargo.

Extendió la mano.

—Pon la tuya aquí.

El Capitán dudó.

El bastón golpeó el suelo.

—Hazlo.

El Capitán obedeció.

Pew dejó algo en su palma y cerró sus dedos con fuerza.

—Esta noche.

Se dio la vuelta y salió.

Tac... tac... tac...

El sonido se fue alejando.

El Capitán abrió la mano.

Un pequeño disco negro.

—La Mancha Negra... —dijo mientras su rostro palidecía.

Yo conocía bien el significado de la Mancha Negra. Entre los piratas era una señal de juicio: quien la recibía sabía que los demás lo habían condenado.

—Calculo que tengo hasta las diez... —murmuró.

Levantó la vista hacia la ventana.

—Todavía hay tiempo.

De pronto se puso en pie.

—¡Jim!

—Sí, Capitán.

—Vendrán esta noche.

—¿Quiénes?

—La tripulación.

Miró hacia la puerta, como si en cualquier momento fueran a irrumpir.

—Vendrán por mi cofre.

—¿Por el dinero?

—No.

Negó con la cabeza, con un gesto brusco.

—Por los papeles.

Respiraba con dificultad. El aire le entraba a sacudidas, como si cada inspiración le costara un esfuerzo mayor que la anterior.

—Si llegan antes de que esté listo...

Se llevó la mano al pecho.

—Malditos...

Intentó avanzar hacia la mesa, pero sus piernas no respondieron bien. Dio un paso inseguro y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

—Jim... el cofre! —dijo con voz ronca—. Tenemos que...

Se interrumpió. Su rostro cambió de color, pasando de un rojo violento a una palidez grisácea. Una gota de sudor le resbaló por la sien.

—Capitán...

Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero solo salió un sonido ahogado.

Se aferró a la mesa con ambas manos. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Ron... —susurró—. Dame...

No terminó la frase.

Sus dedos comenzaron a aflojarse. Primero uno, luego otro, como si la fuerza se le escapara poco a poco. Intentó sostenerse, pero el brazo le falló.

El vaso que había sobre la mesa cayó al suelo y se rompió con un golpe seco.

El Capitán se tambaleó.

—¡Capitán!

Di un paso hacia él, pero ya era tarde.

Sus rodillas cedieron y cayó de lado, golpeando el suelo con un ruido sordo. Durante un instante pensé que intentaría levantarse. Su cuerpo hizo un pequeño movimiento, como un último esfuerzo.

Pero no.

Sus ojos quedaron abiertos, fijos en un punto.

Me arrodillé a su lado.

—¡Capitán! —dije, sacudiéndolo con cuidado—. ¡Capitán!

No respondió.

Apoyé la mano sobre su pecho, tal como había visto hacer al doctor Livesey.

Nada.

El corazón del Capitán, Billy Bones, había dejado de latir.

Visita www.olladadetinta.es/en/resources o escanea este código QR para acceder a más contenido educativo.

